

**PRECIO EN MADRID.**

Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por seis id. . . . . 21 »  
 Por un año. . . . . 40 »  
 Sale los miércoles y sábados.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Cuatro cuartos número.

**ADMINISTRACION Y REDACCION,**

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

**PRECIO EN PROVINCIAS.**

Por tres meses en la Admon. 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Por un año. . . . . 50 »  
 EXTRANJERO.—Tres meses. . . . . 30 »  
 ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se suscribe en la Habana.—Propaganda literaria, calle de la Habana, num. 400.

Cuatro cuartos número.

**ADMINISTRACION Y REDACCION,**

Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.



# GIL BLAS

## LO QUE CORRE POR AHÍ

Por el correo interior hemos recibido la siguiente carta:

«Sr. D. Luis Rivera:

Muy señor mío: Hace tiempo acostumbro á leer con particular predilección los artículos del periódico que usted dirige, y si he de ser franca, le confesaré que no siempre estoy conforme con la manera que Vds. tienen de apreciar ciertas cuestiones.

Soy una mujer, una esposa y una madre de familia. Todo lo que se roza con la vida diaria, todo lo que tiene por objeto inculcar en las familias el amor al trabajo útil y á la virtud, me parece digno de elogio. En este concepto aprecio siempre los artículos de GIL BLAS, á despecho de mi marido, muy dado á celebrarlos cuando en ellos encuentra algún chiste intencionado ó algún descaro que no siempre lo creo yo oportuno.

En el último artículo sobre *Lo que corre por ahí*, firmado por Vd., he leído algunas reflexiones acerca de las mujeres elegantes que concurren al teatro Real, y esto es lo que da ánimo á esta pobre suscritora para dirigirle la presente carta. Dice Vd. en el mencionado artículo que si la afición que mostramos las madres por llevar nuestras hijas al teatro Real, la tuviéramos por llevarlas al colegio, conseguiríamos que su educación fuera brillante, y no se verían en el ridículo caso de ignorar cómo se escribe una carta con mediana ortografía en el idioma de sus padres.

Nada tendría yo que oponer á esto si en el mismo número de su periódico y hablando del presidente del ministerio italiano, Sr. Ratazzi, no se digera que su mujer, una mujer ilustradísima, una literata eminente, viene á ser el purgatorio de su marido.

Si, como Vd. dice y yo creo, la mujer debe sacudir las trabas que una antigua rutina opone al desarrollo de su inteligencia, ¿cómo despues esa misma inteligencia desarrollada se convierte en un purgatorio para el marido?

Si los hombres llegan á convencerse de esta doctrina, ¡pobres de las mujeres ilustradas! Nadie querrá una mujer ilustrada por esposa, y en este caso sería casi conveniente que nuestras hijas no supieran más ortografía que la que supieron sus abuelas.

Otra infinidad de reflexiones me vienen á la memoria, pero no quiero molestar á Vd. más, y así termino aquí esta carta, suplicando me dispense la molestia, y si le es posible me saque de la duda. Soy de Vd. con la mayor consideración atenta suscritora

UNA MADRE DE FAMILIA.»

Muy bien, señora madre de familia: doy á Vd. la enhorabuena por su carta, y tengo un placer muy grande en darle publicidad, quizá contra las esperanzas de usted, pues creyendo sus argumentos irrefutables, pensaría acaso que íbamos á darle la llamada por respuesta. No, señora madre de familia: en primer lugar, porque su carta nos parece muy discreta, y en segundo lugar, porque sus argumentos están sostenidos en el aire, y ya ve usted que el aire es frágil base para levantar un edificio.

Nosotros hemos defendido, defendemos y seguiremos defendiendo la ilustración de la mujer; más aun, su responsabilidad social. La mujer fué esclava en un principio, la mujer fué la compañera del hombre más tarde, la mujer es igual al hombre desde que lo mandó quien sabía lo que mandaba,—Jesucristo. Y si la mujer es igual al hombre, ¿qué sello de infamia hay en su corazón, qué oprobio en su inteligencia para que se la nieguen los derechos del hombre, para que se la tenga en perpétua tutela, haciendo depender su porvenir del capricho del hombre?

bio en su inteligencia para que se la nieguen los derechos del hombre, para que se la tenga en perpétua tutela, haciendo depender su porvenir del capricho del hombre?

Vea Vd. lo que pasa en España, señora. Usted, que es madre de familia, tendrá quizá hijas: supongamos que no puede Vd. dejarlas una fortuna, supongamos (porque esto es lo general) que vive Vd. en esa tranquila medianía que caracterizamos muy bien cuando decimos: «Fulano tiene para ir viviendo.» Pues bien, lo primero que Vd. procura es asegurar el porvenir de sus hijas, dejarlas establecidas por si sus padres faltan. Y para conseguir esto, ¿qué medios legítimos pone la sociedad á disposición de Vd.? Uno solo: el matrimonio. No hay más que el matrimonio. Es verdad que su hija en caso de apuro puede ser costurera, guanterera, maestra de harpa, de piano, de escuela; ¿ Cree Vd. que ninguna de estas profesiones, por dignas de respeto que sean, satisfacen la natural ambición de sus hijas de usted? No. Quedamos en que Vd. no ve otro medio de establecer á sus hijas que casándolas. ¡Y cuánto trabajo, cuánta humillación, cuánto sacrificio del amor propio costará á Vd. conseguirlo! Y si Dios no ha dado á sus hijas un palmito agraciado, es fácil que con su talento de usted y la honradez de ellas se encuentren, al cerrar los ojos su madre, tan solteras como cuando nacieron. De modo, señora, que nuestras hijas no son nada por sí, todo se lo han de deber al hombre: ¿está Vd. conforme con esto? No es posible; luego hacemos muy bien en pedir para la mujer los mismos derechos que para el hombre. ¿Falta á las mujeres inteligencia? No. ¿Les falta juicio? Menos. Los que quieren hacer de la mujer solamente una madre de familia, quieren perpetuar la servidumbre en el mundo y entronizar el egoísmo en el género humano. Poner en manos de la mujer la primera educación del hombre, hacerla también reinar sobre los hombres, para negarla luego el derecho de hablar ante los hombres, me ha parecido siempre la más sangrienta contradicción que puede inventarse.

Teniendo esta creencia, claro está que al defender la emancipación de la mujer no nos contentamos con que sea solo autora de artículos ó de libros. Nosotros quisiéramos que la mujer encontrase ancho y expedito el camino de la vida y que pudiese aspirar á labrarse por su propia inteligencia y su trabajo un porvenir brillante. Infinitas son las profesiones que la mujer podría desempeñar admirablemente. La verdadera ilustración es la que se relaciona con la vida en sus diversas manifestaciones, no la que, en éxtasis místico ó poético, vive en contemplación perpétua.

Además, de que nosotros ridiculicemos alguna vez la poetisa no se deduce que preferimos que la mujer no sepa escribir, ni sepa ortografía. Suponer que porque hayamos dicho que Mad. Ratazzi es el purgatorio de su marido no queremos la instrucción de la mujer, es lo mismo que suponer que porque hablemos mal de una comedia condenamos el teatro.

Sentiría mucho, respetable madre de familia, que para usted la ilustración de la mujer consistiese solo en hacer versos ó escribir novelas; y más sentiría aun si creyese

que cuando la Sra. Ratazzi escribe un libro para proporcionar á su marido el inefable placer de contestar á veinte desafíos, se había llegado á la suma perfección de la mujer.

Yo, por alta que sea mi admiración hácia el desarrollo intelectual de una señora, no dejaré de condenar el equivocado uso que haga de sus facultades cuando así me lo parezca.

Por lo demás, Vd. confesará como yo que algunas de nuestras elegantes señoras tocan bien el piano, cantan regularmente, hablan casi bien el francés, pero ni saben ortografía española, ni aritmética; y lo que es más triste, acaso desdeña comprar un libro español la que aparenta leer los libros franceses.

Sin duda Vd., cuya discreción y buen gusto adivino por su carta, habrá encontrado varios ejemplos de esta verdad. Hasta aquí, dirá Vd., estamos de acuerdo. Pues sigamos adelante. Una joven se ilustra hasta el punto de aprender, además de tocar el piano, las labores de su sexo y cuanto necesita para ser buena esposa. Corriente. Se ilustra más, y aprende aritmética, geografía, gramática, historia. También hasta aquí estamos conformes; pero figúrese Vd. que esa joven se pasa el día escribiendo cartas á todos los amigos con objeto de demostrar que sabe gramática, historia y ortografía. A mí me parecerá esto muy ridículo, y no por ello condenaré la instrucción de la mujer, ni opinaré porque sean ignorantes. Y estoy seguro, señora, que al llegar aquí, Vd. opinará conmigo, en cuyo caso queda completamente destruido el edificio de su argumentación.

Ahora solo me resta darle las gracias por su carta, que me proporciona la ocasión de desvanecer algún concepto equivocado que otras madres de familia pudieran haber concebido leyendo mi artículo.

Soy de Vd. humilde servidor Q. B. S. P.

Luis Rivera.

## TEATROS

Circo: *Pablo y Virginia*, zarzuela en dos actos y en verso.—JOVELLANOS: *En casa del gaitero*, comedia en cuatro actos y en prosa.

En esto de vencer dificultades estoy por el procedimiento de Alejandro: cuando no puede desatarse un nudo, se corta.

En el tranquilo camino de mi existencia periodística he tropezado con un *nudo gordiano*, que se titula *Pablo y Virginia*.

El autor de este nudo, ó si Vds. lo prefieren, de esa zarzuela, es mi compañero Blasco. Abrigo el convencimiento de que yo, al juzgar su obra, sería imparcial; pero tengo asimismo la seguridad de que no había de parecerlo.

Queda probado que debo cortar el nudo, esto es, prescindir por completo de *Pablo y Virginia*; séame lícito, por consiguiente, no decir más acerca de ella, sino que sigue representándose con el teatro lleno.

Y puesto ya en el camino de pedir licencias ó de tomarme libertades—que á la postre esto y lo otro vienen

á ser la misma cosa—voy á cometer una indiscrecion.

Se trata sencillamente de reproducir cierta correspondencia interceptada: supongo que este abuso de confianza ha de quedar entre nosotros, con lo cual no vacilo en copiar *ad pedem literæ* las siguientes cartas:

**Carta primera.**

N. (EN MADRID) Á M. (EN PARIS).

«Mi buen amigo M.: He oido asegurar que en el teatro de la Zarzuela va á representarse dentro de poco un arreglo de la celebrada comedia de Sardou, *La famille Benoiton*.

Esto, unido al asombroso éxito que dicha comedia ha obtenido en Paris, han picado mi curiosidad hasta el extremo de obligarme casi á suplicar á Vd. que me remita un ejemplar de *La famille Benoiton*, pues no me ha sido posible encontrarlo en las librerías de esta corte. Al propio tiempo, y abusando quizás de su bondadoso carácter, he de manifestar á Vd. lo agradable que me sería conocer su autorizada opinion acerca de la comedia del aplaudido escritor francés. Soy, etc.»

**Carta segunda.**

M. (DE PARIS) Á N. (DE MADRID).

«Mi estimado amigo: Tengo el gusto de remitir á usted un ejemplar de *La familia Benoiton*.

El juicio que acerca de ella he formado no puede serle de provecho alguno: sería yo, sin embargo, muy descortés si no defiriese gustoso á los deseos que tiene usted la atencion de manifestar. Ahí va mi opinion lisa y llana.

*La familia Benoiton*, que en el fondo no pasa de ser una comedia algo ménos que mediana, es en la forma una obra excelente.

Lástima grande es que á Victoriano Sardou, que sin duda alguna tiene grandes y envidiables dotes de escritor dramático, le haya cogido el diablo por el capricho de sermonear en sus comedias.

Vd. verá, cuando lea la que le remito, una *casamentera de aficion*, tipo que por ahí será completamente desconocido y que, hablando con franqueza, tampoco suele hallarse por estos sitios, pues bien, esa señorita de tan extravagantes aficiones es la encargada de entrar y salir y arreglarlo y desarreglarlo todo.

Es cierto que la accion, si accion puede llamarse, no tiene fundamento sólido: es verdad que las escenas que más conmueven están basadas en hechos inverosímiles

y hasta absurdos; pero para Victoriano Sardou la accion en este caso era lo de ménos.

La comedia no es otra cosa que un pretexto para presentar una galería de retratos, y la verdad es que esto lo ha conseguido. No examine Vd. con escrupulosidad la manera violenta de justificar alguna situacion; no analice Vd. con detenimiento la razon de ser de algunas escenas; en este concepto, *La famille Benoiton* es un castillo de naipes, que el más leve sopro echa por tierra.

Del estilo, del diálogo, de los caracteres,—por más que algunos, casi todos, estén exagerados,—nada tengo que decir: condiciones son estas que han hecho del autor de *Nos intimes* uno de los primeaos escritores contemporáneos.

Por lo demás, sabido es que las señoras de las obras de Sardou son siempre virtuosas: están cerca de cometer un desliz; dan tal vez un paso en el mal camino, pero siempre retroceden á tiempo, y todos quedamos satisfechos. Esto al fin y al cabo consuena; bien que está muy lejos de la verdad, y obliga al autor á emplear esfuerzos inauditos de ingenio que, despues de todo, suelen no obtener grandes resultados.

Este empeño de transigir con el público y de mendigar sus aplausos son cosas que nunca he podido perdonar al fecundo escritor.

Del efecto moral de la obra solo puedo decir á usted que en *La famille Benoiton* se predica en contra del lujo, se ridiculiza una especie de *gerga* que por aquí llaman *argot*, y que ninguna señorita hablaba, y se censura la poca union que hoy existe en la familia francesa; pues bien, esta falta de union continúa, el *argot* se ha extendido merced á la comedia de Sardou, y los trajes de las actrices encargadas de interpretar la obra, en los cuales se han gastado algunos miles de duros, se generalizaron de tal modo, que durante algun tiempo el lujo rayó en locura.

Dudo mucho que semejante obra, cuya belleza principal se encuentra en la forma, y que carece casi completamente de accion, pueda arreglarse á nuestro teatro. Suplico á Vd., amigo mio, que me diga si por último se ha arreglado y el efecto que en ese público ha producido.»

**Carta tercera.**

N. (EN MADRID) Á M. (EN PARIS).

«En casa del gaitero, ahí tiene Vd., amigo mio, el título que lleva el arreglo de *La famille Benoiton*.

Usted sospechaba bien: en el arreglo la obra ha perdido la mayor parte de sus bellezas: ha conservado todos

Y bajó el primer tramo, escondiéndose y asomando con precaucion la cabeza para no espantar al Sr. de Pachon. Por fin le apercibió en el sitio de costumbre. Paseaba este muy descuidado, y cada vez que oia ruido se asomaba á mirar.

Pero como Pacholí se deslizaba la escalera abajo con la precaucion de una serpiente sin cascabel, consiguió llegar al último tramo á tiempo que el Sr. de Pachon lo cruzaba en su ordinario paseo. Como este no habia sentido pasos, ni siquiera se le ocurrió mirar hácia arriba.

Al volverse se encontró de improviso con el palo que le atizó Pacholí sin decirle una palabra. Tampoco dijo nada el Sr. de Pachon; solo pronunció una de esas interjecciones que tanto caracterizan al idioma español.

Y se trabó una lucha sorda, tenaz, formidable. Lo ménos cinco garrotazos cayeron sobre la cabeza y los hombros del curioso observador de las escaleras.

Este, empero, no se descuidaba, y á cada golpe de Pacholí respondia con un puñetazo ó un puntapié á derechas ó á torcidas.

Solo se oia el menudear del palo y el apagado ruido de las bofetadas.

Quiso el otro quitarle el baston, pero Pacholí se echaba hácia atrás con esa prontitud propia de los hijos de Madrid educados en el ejercicio de la navaja, y de esta manera se defendia para volver á atacar en seguida.

Y los dos se zurraban de lo lindo sin decirse una palabra.

Parecia que se habian dado cita para ello, ó que estaban cumpliendo un deber de los más sagrados.

Por fin se rompió el baston, y Pacholí, viéndose sin el arma, se paró un momento. El otro se paró tambien. Parece que los dos, viendo que nadie venia á separarlos, se proponian separarse de comun acuerdo.

Efectivamente, despues de echarse mutuamente una mirada que daba á entender lo que se querian, cada cual se fué por su lado.

Entonces fué cuando Pacholí respiró.

—¡Ajajá! dijo; ¡esto es otra cosa! ¡Ya parece que estoy más despejado! Pensemos ahora en lo que he de hacer. Es hora de beber el agua. Pero ¿de qué me servirá el agua despues de la cachetina que acabo de sufrir? Yo no bebo. Además ese agua sabe á huevos podridos, y esto me volvería el mal humor. No bebo más agua. Pues se-

sus defectos, sin contar con otros muchos que ha ganado en el viaje.

Los cinco actos del original se han reducido á cuatro, con lo cual, y con haber dejado los dos primeros sin alteracion esencial, resulta que la accion comienza á desarrollarse al final del acto tercero, esto es, cuando la comedia va á concluirse.

La familia Benoiton ha mermado considerablemente: el calavera de catorce años no existe: el niño de siete no se deja ver; de la niña Camila se sabe que ha fallecido.

Agregue Vd. á todo esto que la familia Benoiton se ha empeñado en adquirir carta de naturaleza en esta tierra de garbanzos donde no se conoce nada parecido, y agregue Vd. además... no, no agregue Vd. nada, porque sentiria enfadar la susceptibilidad de los actores, si por un acaso se extraviase esta carta. Basta con lo dicho para que Vd. comprenda que el público ha recibido mal la obra de Sardou.

Algo del mal éxito se debe ciertamente al original; pero la mayor parte de la culpa pertenece de derecho al autor del arreglo. Sintiendo este percance se repite, etc.»

Cometida esta indiscrecion, réstame solo asegurar á ustedes, que paso por todo, ménos por una cortina blanca que sirve para adornar la casa del opulento Piqueta (Benoiton).

Gil Perez.

**PASEO ALREDEDOR DE LOS CAFÉS**

(Café-teatro de San Ginés.)

¡Entremos!

Son las ocho y media de la noche.

Hay mucha gente: el vacío que se nota viene á ocuparlo una señora que en este momento llega acompañada de su hija, que es una *mosa é calidá*, con el cabello rubio (efecto de los polvos), unos ojos *rasgados* (efecto de la tinta) y una boquita...

¡Jesus, qué boquita!... Cada vez que sus *sonrosados* labios se separan para dar salida á un suspiro, se le ve... no una fila de nacarados dientes, como Vds. se figurarán, que eso es ya muy comun; lo que se deja ver es... ¡asómbrense Vds.! el estómago... ¡qué boquita!...

Mas mirenlas Vds. cómo se sientan y saludan á un pollo que á ellas se acerca, con la sonrisa en los labios y el fingimiento en los ojos, y han de saber Vds. que este jóven es muy vanidoso, muy pundonoroso, muy juicioso; un jóven, en fin, muy acabado en *oso*... Mas

ñor, bien, soy feliz, muy feliz; me encuentro en un país extranjero sin saber el idioma y con poco dinero. ¡Ah Manguela, Manguela! ¡Ah tunante, y qué mal pagas mi amistad! La culpa me tengo yo; yo, que me he dejado guiar por él, que le celebraba sus chistes y le abría mi bolsa. Anda, Pacholí, anda, celebra las gracias de Manguelita; hombre, riete, mira que lo que acaba de hacer contigo es una gracia de primera clase. ¡Si supiera donde está, iría á buscarlo!—¡Naturaleza, tú me quieres mal; naturaleza, yo no te soy simpático; naturaleza, me estás faltando!—Y si no, ven acá, naturaleza, á quien muchos llaman madre, y yo tengo por suegra: ¡qué daño te habia yo hecho cuando fui á casa de mi novia y me pusiste esta cara descompuesta? ¡Qué mal te habian causado mis padres, dedicados á la industria nacional del fósforo? Yo hubiera podido ser un buen padre de familia, un excelente alcalde de barrio, y hasta hermano de una cofradía. Pero con estas cosas, ¡qué vendré á ser que valga un pito? Pacholí, hijo mio, el porvenir se presenta oscuro.—¡No bebo más agua! Volveré á España, volveré á mi patria, contento, si no curado, con el desengaño que he recibido, y que se lo regalo al más decidido defensor de las gracias de Manguela. Voy á ver si encuentro por aquí un español que interprete mi pensamiento. Aquel que viene allí es español, le he oido hablar en la mesa, y me parece por el acento que es un honrado andaluz.

—Eh, paisano, ¿tiene Vd. la bondad?

—¿Es á mi?

—Sí señor; mire Vd., soy español y quisiera que usted me sirviera de intérprete con los mozos al pagar la cuenta.

—No hay inconveniente.

—Muchas gracias, paisano.

—¿Es Vd. tambien andaluz?

—No señor, madrileño.

—Gatito, ¿eh?

—Algo, pero me han cortado las uñas.

Aquí Pacholí refirió al andaluz lo que le pasaba.

—Hombre, le dijo este; con que tiene Vd. eso en la cara y viene á tomar estas aguas... ¡Jesus y qué disparate! Si eso es nervioso...

—Vd. cree...

—Positivamente: eso se cura con baños de mar.

—¿De veras?

**Á TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES**

(historia de un soltero cursi).

(Continuacion.)

Cuando Pacholí volvió á su cuarto no encontró en él á Manguela. Creyó que aun seguia incomodado por lo que le habia dicho, y quiso dar tiempo á que se le pasase el enojo.

—¡Bueno! pensó para sí; Manguela se me pone tambien de malas. Andará por ahí creyendo que yo he de ir á buscarlo. ¡Ya, ya! Lo que voy á hacer es á echarme la siesta hasta la hora de comer.

Llegó, pues, el momento de bajar á la mesa. Manguela no parecia. Comieron, y Manguela sin parecer.

—Esto es grave, dijo Pacholí, Manguela es incapaz de faltar á una comida.

Y dicho esto, volvió á su cuarto con una horrible sospecha en el alma. Manguela no tenia más ropa que la puesta, por cuya razon era muy difícil averiguar por su equipaje si se habia marchado ó no. Pero Pacholí tenia encerrado el dinero en una cartera, y registrándola se encontró con un papel que decia:

«Amigo Pacholí: He repartido como buenos hermanos el dinero tuyo; te dejó la mitad. Adios, y diviértete. Me ha caido que hacer.»

No firmaba; pero el estilo es hombre.

Con esta pildora, figurense Vds. la noche que pasaria el desdichado hijo del fabricante de fósforos.

A la mañana siguiente, mucho antes que empezaran á rebullirse los camareros del hotel, ya estaba él vestido y peinado.

Tenia un humor de todos los diablos, y esperaba con ansia la ocasion de poder desahogarse.

Como presumia que el Sr. de Pachon le habia de esperar en la escalera para reirse de él, bajó muy despacito armado de un baston sin estoque.

—Justo Dios, decia, ponédme cerca á ese caballero; si le doy cuatro palos me hará la cuenta que dos son para él y los otros dos para Manguela: de este modo me quitaré de encima esta pena que me oprime.

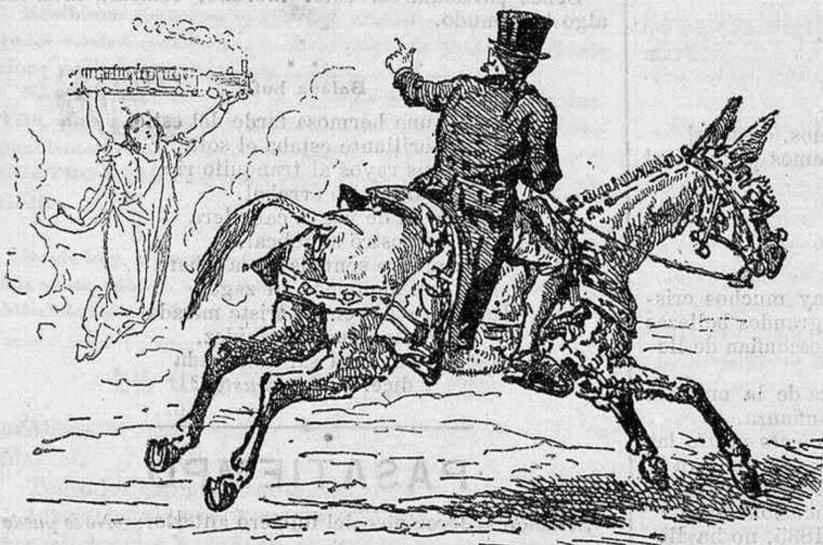
LAS CARRERAS



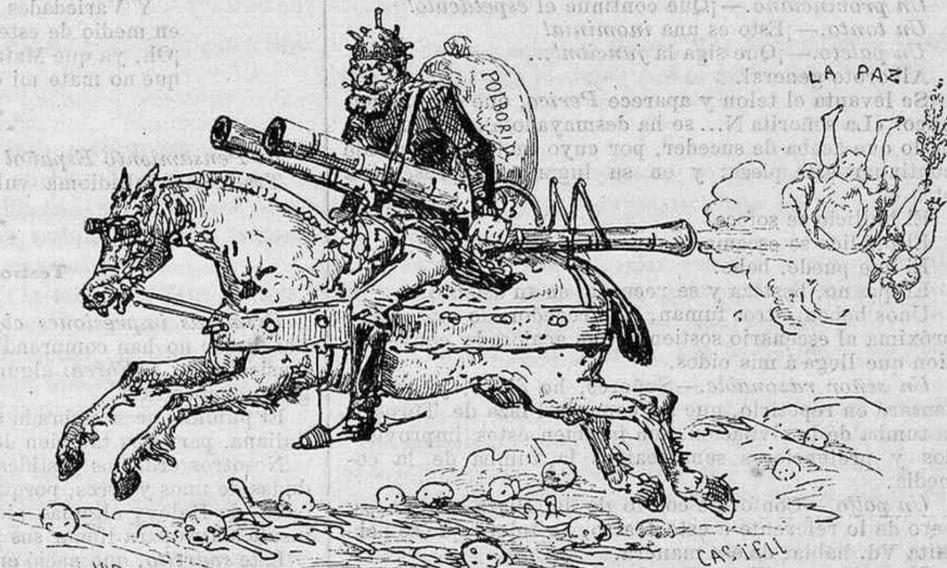
Carrera de médico.



Carrera de farmacia.



Carrera de neo.



Carrera del guerrero.

—Se lo digo yo. Váyase Vd. á un puerto de mar, á San Sebastian por ejemplo, y tome Vd. una docenita ó dos de baños, y ya verá si es cierto lo que yo le digo.  
 —¡Muchas gracias, paisano, muchas gracias!  
 Pacholí pagó la cuenta, vió el poco dinero que le quedaba, escribió á sus padres para que le remitiesen fondos á San Sebastian, y salió para este punto.  
 —En San Sebastiau, se decía Pacholí, me encontraré al Sr. de Pachon. Y por lo menos, aunque no me mire á la cara, me curará la pesadilla.

CAPITULO VII.

En San Sebastian.

I.

Quando Pacholí llegó á la capital de Guipúzcoa no se cabía de gente forastera. Solo de Madrid habian acudido unas tres mil personas.  
 Se hospedó en una de las fondas que tienen vista al paseo del boulevard y á la playa, el mejor sitio de San Sebastian y el más frecuentado por los forasteros.  
 Al salir de la fonda para dar un paseo se encontró en el portal con un mozo que estaba allí ofreciendo sus servicios á los caballeros que bajaban: era un artista en lustre, esto es, un limpia-botas.  
 —Señorito, ¿quiere Vd. que le limpie las botas? Verá usted cómo en dos minutos se las dejo más brillantes que si fueran de charol inglés.  
 Pacholí echó una mirada á sus botas y notó que estaban sucias y empolvadas, y con ese maravilloso don que poseía el pobre para prendarse de todo lo cursi, entregó sus pies, uno por uno, al banquillo del limpia-botas ambulante.  
 Este le remangó el pantalon y comenzó á darle lustre. En esta postura estaba Pacholí interesantísimo. Con un pie en el banquillo y otro en el suelo, la contraccion de su cara parecía dar á entender que le estaban sacando un callo.  
 Y el limpia-botas á todo esto echaba saliva encima del

lustre, que estaba demasiado espeso con los rayos del sol de agosto.  
 Acababa de limpiarle un pié el artista cuando entraron dos mujeres en la fonda con grande algazara y estruendo. Eran la señora Quiteria (mujer del carnicero, cuya trágica muerte relatamos antes) y su sobrina Casimira, que volvian del baño con un paraguas blanco y unos pañuelos á la cabeza que daba gozo verlas.  
 Se habian llevado unas peras para hacer boca al salir del agua, y venian comiéndose los últimos pedazos.  
 Como Pacholí estaba de espaldas á la puerta, no pudieron ellas verle ni él pudo conocerlas hasta que habian empezado á subir las escaleras.  
 —¡Hombre, á esas señoras las conozco yo! Son de Madrid, murmuró Pacholí. El limpia-botas alzó la cabeza, y como quiso aprovechar el tiempo, siguió moviendo el cepillo sobre el pantalon de Pacholí, que era claro y lo puso turbio.  
 —¿Las conoce Vd., señorito? Recomiéndeme Vd. á ellas por si tienen calzado que limpiar.  
 En esto entra un caballero muy elegante, con lentes, junquito en la mano y guantes de color de lila, tarareando aquello de  
*Bella figlia de l'amore...*  
 Y dando unos taconazos soberbios. Tampoco pudo verlo Pacholí hasta que empezaba á subir la escalera.  
 Pero verlo y apartar el pié del banquillo del limpia-botas y echar á correr la escalera arriba, todo fué obra de un momento.  
 Tenia aun los pantalones remangados y una bota limpia y otra sucia. El artista en lustre no creyó conveniente perder sus cuatro cuartos, y viendo que Pacholí dió á correr escalera arriba, se echó á cuestras el banquillo y subió detrás de Pacholí.  
 Este no se habia engañado.  
 El que acababa de subir las escaleras detrás de la carnicera y su sobrina era Manguela, el señorito Manguela, hecho un brazo de mar, y con un aire de taco que no habia por donde cogerlo.  
 Así que Manguela oyó la voz de Pacholí, que le llamaba, se hizo el disimulado, y apretó á correr; Pacholí le imitó, y detrás de los dos corria tambien el limpia-botas, con los instrumentos en la mano y el banquillo debajo del brazo.

Llegaron al primer piso de la fonda á tiempo que una familia inglesa salia de su cuarto.  
 Manguela sin querer tropieza con la milady; quiso esta decirle alguna fresca, y con tal motivo no procuró apartarse, por cuya razon, despues del tropezon de Manguela, sufrió otro más furioso de Pacholí, que la hizo caer al suelo; y al llegar el limpia-botas dió un salto y pasó por encima de ella, dejando caer con el brinco un poco de betun en su semblante, adornado de cabellos rubios.  
 El marido de la inglesa, que la vió en el suelo con la cara manchada, empezó á gritar en chapurrado:  
 —¡Oh, milady! Tener la cara manchada del golpe! ¡Sangre! ¡Sangre negra! ¡Morta? ¡No, respira! ¡Ah, brigantes, bandoleros, españoles de grosería! ¡Mi desafortunado!  
 Mientras decía esto ayudó á levantar á la inglesa.  
 —¡Milord! gritó ella: ¡Vengar ultraje!  
 —¡Oh si! respondió el inglés y dió á correr detrás del limpia-botas, sacando un revolver del bolsillo.  
 Manguela, que llevaba la sana intencion de ocultarse de Pacholí, sin volver la cara atrás abrió el cuarto que ocupaba la carnicera con su sobrina, y que como acababan de llegar del baño, se estaban vistiendo para bajar á comer. La sobrina estaba ya arreglada, pero la tia acababa de ponerse un miriñaque que parecía una jaula de fieras.  
 Manguela, que deseaba ocultarse, abrió la puerta y penetró sin pedir permiso, y antes que pudiera impedirlo, Pacholí penetró tambien, y detrás el limpia-botas y luego el inglés.  
 Una vez que todos se juntaron, todos quisieron esplicar su venida á un tiempo.  
 Manguela. —¡Ocultémonos!  
 Pacholí. —¡No huyas, pillastre, que no te escapas!  
 El limpia-botas. —¡Mis cuatro cuartos!  
 El inglés (con el revolver). —¡Yo mataré este hombre que ha hecho á Milady sangre negra!  
 La señora Quiteria. —¡Jesus, qué estrupicio!  
 Casimira. —¡Socorro, socorro!

Luis Rivera.

(Se continuará.)

qué significa este silencio?... ¡Ah! Es que se ha levantado el telon.

¡Atencion!

Perico (con los brazos cruzados).

Si otra vez, Juana, me dices que yo haciendo el oso estoy, te juro que, por quien soy...

Juana (atándose una liga).

No hay hombre, por virtuoso que sea, aquí ó en Vizcaya, que al otro mundo se vaya sin hacer en este el oso.

Perico (mirando al cielo).

¡Señor! No me deis por mal al reñir con mi mujer.

Juana (mirando al purgatorio).

¡Dadme fuerzas para hacer que se apeee este animal!

Apenas acaba esta frase y espera á que el apuntador la ayude, suéltase la cuerda que sostiene el telon, cae este, muévase la concha de miedo, la escena queda cubierta y abierta la boca del espectador.

Bullicio. Ayes.

Un sastre.—¡Que levanten el talon!

Un provinciano.—¡Que continúe el espectáculo!

Un tonto.—¡Esto es una inominia!

Un paleta.—¡Que siga la juncion!...

Alboroto general.

Se levanta el telon y aparece Perico, que dice al público: «La señorita N... se ha desmayado á consecuencia de lo que acaba de suceder, por cuyo motivo no puede continuar esta pieza; y en su lugar se representará otra.»

El bullicio se sofoca.

El público se escama.

El que puede, bebe.

El que no, bosteza y se recuesta en su asiento.

Unos beben, otros fuman, y alrededor de una mesa próxima al escenario sostienen una acalorada conversacion que llega á mis oidos.

Un señor razonable.—Señores, he dicho, y no me cansaré en repetirlo, que así como la Plaza de Toros es la tumba de la civilizacion, son tambien estos improvisados y pretenciosos semi-teatros la tumba de la comedia.

Un pollo.—Conforme con lo de la Plaza de Toros; pero de lo referente á este teatro, no tolero que se permita Vd. hablar de esa manera.

Un quidam.—El Sr. B... ha dicho una gran verdad.

El pollo.—Y á Vd. tambien le contradigo. Presénteme Vd. una actriz que interprete el papel de Juana con tanta naturalidad como la señorita N...

El quidam.—¡Vamos!... Vd. la defiende por amor, no al arte, sino por amor á N... ¡Eso es de ene!

El pollo.—A Vd. no le importa saber la causa que me abliga á defenderla.

El quidam.—O sí.

El pollo.—O no.

El quidam.—¡Calle Vd., muñeco!

El pollo.—¡A mí con muñecos? ¡Zís! (Bofetada.)

El quidam.—¡Y á mí con muñecas? ¡Zás! (Id.)

Un caballero.—¡Orden, señores!... Vamos, que tienen Vds. un geniecillo... Siéntense Vds. y presten atencion á lo que se va á representar, que ya se ha levantado el telon.

El pollo.—(A eso puede dar las gracias.)

El quidam.—(¡Vaya con el muñeco!...)

El público.—¡Chts!...

Yo.—¡Vamos, ya está visto lo que aquí pasa! Me voy al café de la Nacion Española.

CABOS SUELTOS

En el número próximo publicaremos una plana de caricaturas dibujadas por Ortego, sobre los Bufos, las suripantas y Pablo y Virginia. Habrá que aumentar la tirada.

Mala fisonomía presentan este año los teatros. El teatro Real ha empezado la temporada con una ópera nueva, y la segunda representacion dejó medio arruinados á los revendedores.

Al dia siguiente me enseñaba uno muy conocido, un paquete de billetes que valian un dineral.

¡Y era la segunda representacion! Los revendedores son el mejor termómetro para conocer los grados de calor que marca el entusiasmo público.

Al teatro del Príncipe le pasa tambien algo de lo que le sucede al Real.

Es verdad que el Príncipe no ha puesto todavía una funcion que atraiga concurrencia.

En cuanto al de la Zarzuela, espera un estreno que la dé la suerte de que es merecedor.

Novedades está más animado; y los Bufos ¡oh, los Bufos! parece mentira, pero no lo es... los Bufos están de suerte.

Y Variedades se lanza en medio de este Babel... ¡Oh, ya que Mata está en él, que no mate mi esperanza!

El Pensamiento Español dice: ¡Oremos, oremos! Traducción al idioma vulgar: ¡Peguemos peguemos!

Teatro Real.

Primeras impresiones ebraicas.—Hay muchos cristianos que no han comprendido aun las grandes bellezas musicales de L'Ebrea: algunos hasta desconfian de llegar á conocerlas.

El público, acostumbrado á la riqueza de la melodía italiana, participa tambien de esta desconfianza.

Nosotros creemos justificadas hasta cierto punto las dudas de unos y otros, porque si bien encontramos en la ópera de Halévy algunas piezas de mérito, nos parecen insuficientes para llenar sus grandes dimensiones.

Este spartito, que nació en Paris en 1835, no ha llegado á Madrid hasta 1867.

Ha tardado un poco en el camino porque antes de la construccion del ferro-carril, eran muy difíciles las comunicaciones entre ambos paises para trasportar una obra de tanto peso.

En la ejecucion hay de todo: Tamberlick es un tenor de los pocos que quedan: tiene momentos felicisimos y caracteriza con mucha verdad la parte del viejo y avaro judío, que ningun capital desperdicia incluso el de su voz.

No debemos juzgar aun á la Sra. Ronzi.

La empresa ha puesto en escena esta ópera con gran aparato y hasta con lujo. Mucho celebraremos poder decir siempre lo mismo.

Despues de la Favorita, que canta la señora Nantier, ignoramos las obras que se preparan.

¿A cuántos estamos del contrato de la Patti?... \*

Dice La Regeneracion:

«El GIL BLAS halla una prueba irrecusable de que todo marchaba perfectamente en tiempo de Felipe II en lo que decian las Córtes.»

Para que este párrafo sea exacto le falta la palabra mal detrás de la palabra perfectamente.

Esto, al menos, es lo que GIL BLAS ha dicho, dice y dirá. Amen.

Como eres fea de cara y bonita de las piernas, siempre que á la calle sales le pides á Dios que llueva.

Un periódico publica un artículo dando consejos á los que se bañen en los rios.

¡Ah, cruel! ¿Por qué no nos lo dió hace dos meses?

Cuando al pasar por la calle te requiebra un atrevido, que bajas los ojos veo, pero... ¿cierras los oidos?

Hace poco tiempo se ahogó en el Tajo un honrado vecino de un pueblecito de Estremadura.

El alcalde del pueblo, con objeto de que se encontrase el cadaver, hizo publicar un edicto que terminaba con estas palabras:

Señas particulares: color moreno, estatura alta. Es algo tartamudo.

Balada bufa.

Era una hermosa tarde del estío, brillante estaba el sol; daban sus rayos al tranquilo rio fantástico arrebol. Una jóven de negra cabellera y rostro angelical, canta alegre sentada en la ribera su amor por un zagal. De pronto fija en mí triste mirada de inmensa languidez, saca despues una sardina asada y dice:—¿Gusta ustez?

PASATIEMPO

Solucion al Jeroglífico del número anterior:—No se puede repicar y andar en la procesion.

CHARADA

Es verbo que mucho anima mi prima; es otro que Dios confunda mi segunda; y exclamacion lisonjera mi tercera. Tercia, segunda y primera es de tertia y dos oriunda, y animal que poco abunda prima, segunda y tercera. (La solucion en el número próximo.)

Editor responsable, D. José PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.

GRAN GIMNASIO HIGIÉNICO-DINAMOGRAMICO.

SALA DE ARMAS Y TIRO DE PISTOLA.

Mr. Goux, director del gran gimnasio, único de su clase en España, establecido en la calle del Barquillo, 8, triplicado, deseoso de complacer al público que tanto le ha distinguido, ofrece á este su establecimiento, montado segun los adelantos modernos, á precios reducidos.

Gimnasia, por un mes, 50 rs.; por 3 id., 120; por 6 id., 180; por un año, 240 rs. Armas, por un mes, 120 rs. Tiro de pistola, por una docena de balas, 4 rs.

GRAN BAZAR DE CALZADO

Montera, núm. 2.

ESTACION DE INVIERNO.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y saten, charol y chagren, becerriño fino y cabritilla, etc. Lo más elegante de construccion alemana. Precios moderados.

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martin, calle del Lobo, número 10, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economia.

Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc., etc.

CUMBERLAND, MUÑOZ Y MEXÍA

Gerentes de la Gran Sastrería, núm. 34, Carrera de San Gerónimo, esquina á la calle del Baño,

Tienen el honor de anunciar al público haber recibido sus surtidos de novedades para la próxima estacion, y aumentado el personal industrial de la casa con operarios de reconocido mérito en el corte especial de UNIFORMES DIPLOMÁTICOS, MILITARES Y NAVALES; TRAJES DE BAILE, SOCIEDAD Y PASEO; AMAZONAS Y ABRIGOS PARA SEÑORAS, VESTIDOS PARA NIÑOS Y LIBREAS.

Esta importantísima casa, que compete altamente con las más acreditadas de su clase en el extranjero, es la primera en España por su inteligencia y escogido personal industrial, por el gusto y esmero en la confeccion de toda clase de prendas, por su puntualidad y premura, y por lo selecto y grandioso de sus surtidos.

Las compras de esta casa, en relacion con sus ventas, cada dia más considerables, facilitan el medio de obtener de los fabricantes escepcionales ventajas, las mismas que se ofrecen al público, en la siguiente

NOTA DE PRECIOS.

Trajes de sociedad, frac, pantalon y chaleco, elasticotinas inglesas y sedan... 600, 700 y 800 rs. Id. de paseo, chaquet, pantalon y chaleco, género inglés, angola... 500, 600 y 700. Id. de negligé á de mañana, chaquet ó americana, pantalon y chaleco, g.º inglés... 400, 500 y 600. Levitas y chaquetas de vestir, melton, tricot, elasticotina superior... 400, 480 y 500. Gabanes y levitones de abrigo de elisian, feur Beaver, edredones, ratinas... 500, 400, 440, 480, 520, 560 y 600. Pantalones ingleses y franceses, en su mayor parte dibujos exclusivos... 120, 140, 160 y 190. Uniformes, amazonas, abrigos, trajes de niño y libreas; sus precios en relacion con el material, bordados, adornos y divisas.

Remesas á provincias. On parle francais. Si parla italiano. Englisch spohen.

ALMANAQUE DE GIL BLAS PARA 1868

GRATIS para los suscritores de este periódico y para los que se suscriban de nuevo, haciéndolo lo menos por tres meses. Saldrá á luz en el mes de octubre.—Precio en toda España: 4 rs.

ALMANAQUE DE LAS HIJAS DE EVA PARA 1868.

Escrito por una porcion de Adanes.

Contiene: cuentos, chismes, pensamientos, cosas que lo parecen, versos, verzas, modas, modos, historias, esto lo otro y lo de más allá; en fin, es cosa de leerlo. Se vende á 2 rs. en la librería de los editores Gaspar y Roig, calle del Príncipe, núm. 4, Madrid.

Correspondencia de GIL BLAS.

- D. A. S. (Zaragoza).—Queda Vd. suscrito. D. A. D. J. (Berja).—Id. D. J. C. (Alcázar de San Juan).—Id. D. J. de I. (Ciudad Real).—Pagará Vd. á nuestro corresponsal en esa, ó envíe Vd. sellos. Vizconde de S. J. y A. A. y A. (Jaen).—Os pongo á cada uno la suscripcion por un año. D. R. G. de Q. (Madrid).—Los versos Mi suegra son flojitos; además, ¿no le parece á Vd. el asunto muy gastado? Lo otro no pasa. D. M. T. (Madrid).—Si yo pudiera insertar los versos que me envia contra La Lealtad, de seguro pasaríamos un buen rato. ¡Pero no puede ser! D. G. M. de A. (Puenteareas).—Me dice Vd. que se suscribe y no envia sellos ni libranza. Si le parece á usted le enviaremos un criado á por los 15 rs. D. J. M. C. (Madrid).—¿Le gusta á Vd. Felipe II? Pues buen provecho. D. J. de S. (Railen).—Tiene Vd. razon... yo soy el que alto á la aritmética. D. R. R. (Valencia).—Envía Vd. 21 reales para un semestre. Son 28. ¡Ojo!